

De lo que pasó Don Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos.

APENAS vió el ama que Sancho Panza se encerraba con su señor, cuando dió en la cuenta de sus tratos; y, imaginando que de aquella consulta había de salir la resolución de su tercera salida, y tomando su manto, toda llena de congoja y pesadumbre, se fué á buscar al bachiller Sanson Carrasco, pareciéndole que, por ser bien hablado, y amigo fresco de su señor, le podría persuadir á que dejase tan desvariado propósito. Hallóle paseándose por el patio de su casa, y, viéndole, se dejó caer ante sus piés, trasudando y congojosa. Cuando la vió Carrasco, con muestras tan doloridas y sobresaltadas, le dijo: "¿Qué es esto, señora ama? ¿qué le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma?—No es nada, señor Sanson mio, sino que mi amo se sale, sálese sin duda.—Y ¿por dónde se sale, señora? preguntó Sanson; ¿hásele roto alguna parte de su cuerpo?—No se sale, respondió ella, sino por la puerta de su locura: quiero decir, señor bachiller de mi ánima, que quiere salir otra vez, que con esta será la tercera, á buscar por ese mundo lo que él llama venturas, que yo no puedo entender cómo les da este nombre. La vez primera nos le volvieron atravesado sobre un jumento, molido á palos; la segunda vino en un carro de bueyes, metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba á entender que estaba encantado; y venia tal el triste, que no le conociera la madre que le parió, flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del cerebro, que, para haberle de volver algun tanto en sí, gasté mas de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y mis gallinas,

que no me dejarán mentir.—Eso creo yo muy bien, respondió el bachiller; que ellas son tan buenas, tan gordas y tan bien criadas, que no dirán una cosa por otra, si reventasen. En efecto, señora ama, ¿no hay otra cosa, ni ha sucedido otro desman alguno, sino el que se teme que quiere hacer el señor Don Quijote?—No, señor, respondió ella.—Pues no tenga pena, respondió el bachiller, sino váyase en hora buena á su casa, y téngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oracion de Santa Apolonia, si es que la sabe, que yo iré luego allá, y verá maravillas.—¡Cuitada de mí! replicó el ama; ¿la oracion de Santa Apolonia dice vuesa merced que rece? eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas, pero no lo há sino de los cascós.—Yo sé lo que digo, señora ama: váyase, y no se ponga á disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay mas que bachillear,” respondió Carrasco: y, con esto, se fué el ama, y el bachiller fué luego á buscar al cura, á comunicar con él lo que se dirá á su tiempo.

En el que estuvieron encerrados Don Quijote y Sancho, pasaron las razones que con mucha puntualidad y verdadera relacion cuenta la historia. Dijo Sancho á su amo: “Señor, ya yo tengo relucida á mi mujer á que me deje ir con vuesa merced adonde quisiere llevarme.—Reducida has de decir, Sancho, dijo Don Quijote, que no relucida.—Una ó dos veces, respondió Sancho, si mal no me acuerdo, he suplicado á vuesa merced que no me enmiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos; y que, cuando no los entienda, diga: Sancho, ó diablo, no te entiendo; y, si yo no me declarare, entonces podrá enmendarme, que yo soy tan fácil.—No te entiendo, Sancho, dijo luego Don Quijote; pues no sé qué quiere decir *soy tan fácil*.—Tan fácil quiere decir, respondió Sancho, *soy tan así*.—Menos te entiendo ahora, replicó Don Quijote.—Pues si no me puede entender, respondió Sancho, no sé cómo lo diga, no sé mas, y Dios sea conmigo.—Ya, ya caigo, respondió Don Quijote, en ello: tú quieres decir que eres tan dócil, blando y mañero, que tomarás lo que yo te dijere, y pasarás por lo que te enseñare.—¡Apostaré yo, dijo Sancho, que desde el emprincipio me caló y me entendió, sino que quiso turbarme, por oirme decir otras docientas patochadas!—Podrá ser, replicó Don Quijote; y, en efecto, ¿qué dice Teresa?—Teresa dice, dijo Sancho, que ate bien mi dedo con vuesa merced, y que hablen cartas y callen barbas, porque quien destaja, no baraja, pues mas vale un *toma* que *dos te daré*: y yo digo, que el consejo de la mujer es poco, y el que no le toma es loco.—Y yo lo digo tambien, respondió Don Quijote. Decid, Sancho amigo; pasad adelante, que hablais hoy de perlas.—Es el caso, replicó Sancho, que, como vuesa merced mejor sabe, todos estamos sujetos á la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo mas horas de vida de las que Dios quisiere darle; porque la muerte es sorda, y, cuando llega á llamar á las puertas de nuestra vida, siempre va

depriosa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni cetros, ni mitras, segun es pública voz y fama, y segun nos lo dicen por esos púlpitos.—Todo eso es verdad, dijo Don Quijote; pero no sé dónde vas á parar.—Voy á parar, dijo Sancho, en que vuesa merced me señale salario conocido de lo que me ha de dar cada mes, el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda, que no quiero estar á mercedes, que llegan tarde, ó mal, ó nunca; con lo mio me ayude Dios. En fin, yo quiero saber lo que gano, poco ó mucho que sea; que sobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hacen un mucho, y, mientras se gana algo, no se pierde nada. Verdad sea, que si sucediese (lo cual ni lo creo ni lo espero) que vuesa merced me diese la ínsula que me tiene prometida, no soy tan ingrato, ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querré que se aprecie lo que montare la renta de la tal ínsula, y se descunte de mi salario, gata por cantidad.—Sancho amigo, respondió Don Quijote; á las veces, tan buena suele ser una gata como una rata.—Ya entiendo, dijo Sancho: ¡yo apostaré que habia de decir *rata*, y no *gata*! pero no importa nada, pues vuesa merced me ha entendido.—Y tan entendido, respondió Don Quijote, que he penetrado lo último de tus pensamientos, y sé al blanco que tiras con las innumerables saetas de tus refranes. Mira, Sancho; yo bien te señalaria salario, si hubiera hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes ejemplo que me descubriese y mostrase, por algun pequeño resquicio, qué es lo que solian ganar, cada mes ó cada año; pero yo he leído todas, ó las mas de sus historias, y no me acuerdo haber leído que ningun caballero andante haya señalado conocido salario á su escudero; solo sé que todos servian á merced, y que, cuando menos se lo pensaban, si á sus señores les habia corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una ínsula, ó con otra cosa equivalente, y, por lo menos, quedaban con título y señoría: si, con estas esperanzas y aditamentos, vos, Sancho, gustais de volver á servirme, sea en buena hora; que pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la caballería andante, es pensar en lo excusado: así que, Sancho mio, volveos á vuestra casa, y declarad á vuestra Teresa mi intencion; y si ella gustare, y vos gustáredes de estar á merced conmigo, *bene quidem*; y, si no, tan amigos como de antes; que, si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas; y advertid, hijo, que vale mas buena esperanza que ruin posesion, y buena queja que mala paga. Hablo desta manera, Sancho, por daros á entender que tambien, como vos, sé yo arrojar refranes, como llovidos; y, finalmente, quiero decir, y os digo, que, si no quereis venir á merced conmigo, y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos, y os haga un Santo, que á mí no me faltarán escuderos mas obedientes, mas solícitos, y no tan empachados ni tan habladores como vos.” Cuando Sancho oyó la firme resolucion de su amo, se le anubló el cielo, y se le cayeron las alas del corazon, porque tenia creído que su señor no se iria sin él, por todos los haberes del mundo; y así, estando suspenso y pensativo, entró

Sanson Carrasco, y el ama y la sobrina, deseosas de oír con qué razones persuadia á su señor que no tornase á buscar las aventuras. Llegó Sanson, socarrón famoso, y, abrazándole como la vez primera, y con voz levantada, le dijo: "¡Oh flor de la andante caballería! ¡oh luz resplandeciente de las armas! ¡oh honor y espejo de la nación española! ¡plega á Dios Todopoderoso, donde más largamente se contiene, que la persona ó personas que pusieren impedimento y estorbaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamás se les cumpla lo que mal desearan!" y, volviéndose al ama, le dijo: "Bien puede la señora ama no rezar más la oración de Santa Apolonia; que yo sé que es determinación precisa de las esferas, que el señor Don Quijote vuelva á ejecutar sus altos y nuevos pensamientos; y yo encargaría mucho mi conciencia, si no intimase y persuadiese á este caballero que no tenga más tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas, y otras cosas deste jaez, que tocan, atañen, dependen y son anejas á la orden de la caballería andante. ¡Ea, señor Don Quijote mío, hermoso y bravo! antes hoy que mañana se ponga vuesa merced y su grandeza en camino; y si alguna cosa faltare para ponerle en ejecución, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda; y si fuere necesidad servir á su magnificencia de escudero, lo tendré á felicísima ventura." Á esta sazón dijo Don Quijote, volviéndose á Sancho: "¿No te dije yo, Sancho, que me habían de sobrar escuderos? Mira quién se ofrece á serlo, sino el inaudito bachiller Sanson Carrasco, perpétuo trastulo y regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frío, así de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante; pero no permita el cielo que, por seguir mi gusto, desjarrete y quiebre la columna de las letras y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes; quédese el nuevo Sanson en su patria, y, honrándola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres; que yo, con cualquier escudero, estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo.—Si digno," respondió Sancho, enternecido y llenos de lágrimas los ojos; y prosiguió: "No se dirá por mí, señor mío, *el pan comido y la compañía deshecha*: sí; que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida; que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quién fueron los Panzas de quien yo deciendo; y más, que tengo conocido y calado, por muchas buenas obras y por más buenas palabras, el deseo que vuesa merced tiene de hacerme merced; y, si me he puesto en cuentas de tanto más cuanto acerca de mi salario, ha sido por complacer á mi mujer, la cual, cuando toma la mano á persuadir una cosa, no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba, como ella aprieta á que se haga lo que quiere; pero, en efecto, el